

//Artículos//

La trama del exilio en la emergencia del presente

Leonor Arfuch^{1 2}

Recepción: 30 de septiembre de 2019 // Aprobación: 25 de noviembre de 2019

Resumen

¿Cómo pensar hoy los cuerpos en peligro ante un estado del mundo que podría definirse como de “guerra perpetua”? ¿Y cómo pensarlos, en mayor cercanía, cuando la violencia permea también la vida cotidiana en las sociedades democráticas? En este trabajo nos proponemos abordar la problemática de las migraciones contemporáneas a partir de una reflexión sobre la hospitalidad (Derrida/ Lévinas) y de la puesta en diálogo de dos escenas conflictivas: las travesías a riesgo de vida en el Mediterráneo y el fenómeno migratorio en América Latina, cuyo sitio emblemático –y a menudo trágico– es la frontera entre México y los Estados Unidos. Una puesta en diálogo entre literatura y prácticas artísticas, que convoca, en una suerte de “conversación grupal”, a otras palabras e imágenes que evocan, desde el hoy, la experiencia del exilio en la infancia –otros cuerpos en peligro– bajo las dictaduras de Argentina y Chile.

Palabras clave

Exilio – Guerras – Migraciones – Hospitalidad

Abstract

How can we think of bodies in danger today in the face of a state of the world that could be defined as "perpetual war"? And how can we think of them more closely when violence also permeates daily life in democratic societies? In this article we propose to address the problems of contemporary migrations based on a reflection on “hospitality” (Derrida/ Lévinas) and the setting in dialogue of two conflictive scenes: the life-threatening voyages in the Mediterranean and the migratory phenomenon in Latin America, whose emblematic site, often tragic, is the border between Mexico and the United States. A dialogue between literature and artistic practices, which summons, in a sort of “group conversation”, to other words and images that evoke, since today, the experience of exile in childhood –other bodies in danger– under the dictatorships of Argentina and Chile.

Keywords

Exile – Wars – Migrations – Hospitality

1 Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Profesora e investigadora de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. E-mail: larfuch(arroba)yahoo.com.ar

2 Este texto fue presentado en un panel plenario del III Simposio de LASA Cono Sur, “Cuerpos en peligro, minorías y migrantes”, Buenos Aires, del 10 al 13 Julio de 2019.

I. Estados del mundo

¿A qué herida atender
primero?
a qué llaga, a qué laceración
para parar la sangría
de un mundo herido
en todos sus costados?

Mercedes Roffé: *Floating lanterns*

¿Cómo pensar hoy los cuerpos en peligro ante un estado del mundo que podría definirse como de “guerra perpetua”? ¿Y cómo pensarlos, en mayor cercanía, cuando la violencia permea también la vida cotidiana en las sociedades democráticas? Es que este estado del mundo, del que nos enteramos por jirones, por lo que los medios quieren mostrarnos –por sobre todo lo que ocultan– es sencillamente aterrador. Bombas que vemos caer sobre desoladas geografías que parecen desde siempre inhabitadas –arenas del desierto o planicies arcillosas donde el habitat humano se confunde con la naturaleza– o ciudades hechas trizas después de los bombardeos y seres desesperados vagando entre las ruinas y el despojo, con niños en los brazos. Guerras no convencionales, donde ni siquiera hay declaración formal, donde los bandos en pugna no se distinguen, y donde el terrorismo, elevado a la categoría ontológica del mal radical, habilita la cesación de todos los derechos y garantías, produciendo tanto un vacío ético sobre los límites de lo humano como un tremendo vacío del lenguaje: ¿cómo llamar a esas masacres indiscriminadas que acumulan víctimas entre la población civil? ¿Cómo llamar a esa sistemática destrucción de los cuerpos, que los torna en testigos monstruosos de la des-figuración? La filósofa italiana Adriana Cavarero (2009), propone nombrar la violencia contemporánea no desde el lugar de los guerreros –de uno y otro lado– sino desde el lugar de las víctimas y así surge un término, horrorismo, que pretende dar cuenta tanto del horror de lo que pasa como de la inmediata sensación que nos produce el tener bajo los ojos esas escenas lacerantes, donde también el mar puede ser tumba para quienes quieren escapar de un infierno y se enfrentan a otro y donde en el caso de alcanzar “la otra orilla” tendrán que comenzar una nueva travesía para lograr convertirse en “refugiados”. Un nombre que no alude a una condición temporaria sino a un modo de vivir en permanencia.

Aparece aquí la pregunta por el número: ¿cuántos son los que llegaron hoy a las costas de Lampedusa? ¿Cuántos murieron en el cruce o en un ataque en Siria, Irak, Gaza, Yemen? ¿Cuántos,

en un atentado en París, en Turquía, en Pakistán? El número de la masacre se ensaña en la borradura de los nombres, en hacer de cada uno cualquiera en lugar de alguien, en alimentar esa precariedad de la vida de la que nos hablara Judith Butler (2007), que nos involucra a todos, en cualquier lugar del planeta, haciéndonos víctimas posibles de cualquier violencia, local o global.

De nuevo, la voz poética:

3000 bombas

3000 bombas

3000 bombas en un fin de semana

cuántas caras

cuántas manos

cuántas piernas

cuántos velos-vendas pegados a la piel ardida

cuántas piedras sobre piedras arrancadas

cuántas vidas arrancadas de la vida. (Roffé, 2009)

¿Cómo es posible, ante la radicalización de esos conflictos, ante el hecho inadmisibles de millones de personas expulsadas de su hogar –más que en la segunda guerra–, viviendo en campos de refugiados o a la intemperie, y no temporariamente, no lograr llegar a la mesa de negociaciones o hacerlo para no alcanzar ningún acuerdo efectivo? ¿Cómo es posible que países que sufrieron en carne propia las tremendas heridas de las guerras se empeñen en replicarlas en otras latitudes? ¿Cómo es posible vivir bajo la amenaza perpetua del vecino, negándose a considerar siquiera la posibilidad del diálogo? No pretendo encontrar las respuestas, más allá de asumir que no son sólo antiguos fanatismos religiosos o étnicos los que alientan los conflictos actuales sino complejísima tramas de intereses y tremendas pugnas de poder, tanto a nivel regional como global, cuya constante rearticulación escapa incluso a los mayores expertos. Pero las preguntas –que de todas maneras debemos hacernos– nos llevan más bien a repensar la condición humana, una y otra vez puesta a prueba por el hecho radical de la violencia.

El desafío de las preguntas nos toca también como académicos e intelectuales, puestos día a día ante las pantallas, impactados por ese “horrorismo” pero obligados a la distancia crítica. Peter Sloterdijk alerta sobre la dificultad, en el vértigo de la telecomunicación, de sostener la operación filosófica de la crítica, que implica retroceder “ante la imagen de la realidad efectiva y poner entre paréntesis o en suspenso las propias intenciones existenciales” (Sloterdijk, 2010, citado en Dussel,

2015). Difícil compensar la reacción existencial y la distancia crítica, pero así vivimos, en un constante estado de excepción. Y está también la reacción necesaria ante el evidente cercenamiento de derechos que entrañan los “estados de emergencia”, como el decretado en Francia después del último atentado y que según Giorgio Agamben, lejos de resultar, como se pretende, un “escudo de protección de la democracia” apuntan a “establecer una nueva relación entre los hombres que es la de un control generalizado y sin límites (...) [incluidos] los datos informáticos y comunicacionales de los ciudadanos”, un escenario que, más allá de Foucault, abre las puertas a un devenir autoritario del poder (Agamben, 2015)³.

II. La hospitalidad

En esta emergencia del presente recibo hace unos días un pedido de solidaridad, firmado por Etienne Balibar y casi mil colegas de toda Europa, en defensa de Carole Rackete, la capitana del Sea World 3, que fue detenida al tocar la costa de Lampedusa acusada por el ministro Matteo Salvini de estar “fuera de la ley”, de “rebelión militar” y de conducir un “barco pirata”. Ante el reclamo del gobierno alemán y de ONG’s de todo el mundo fue liberada por una Corte de urgencia, aunque afronte cargos económicos o de otra clase en el futuro. El caso es conocido: Carole decidió salvar de la muerte a los ocupantes de una balsa que se dio vuelta, literalmente, en el mar, los rescató, les dio cobijo y pretendió llevarlos a puerto, contrariando una expresa prohibición, para que pudieran recibir la atención necesaria. Un caso que dividió en dos a la sociedad italiana –y más allá– y que nos enfrenta también a esa doble condición, a esa aporía de la hospitalidad, que tan bien analizara Derrida en su libro homónimo.

En efecto, en su reflexión, siguiendo a Lévinas, hay una tensión entre lo incondicional de la hospitalidad como apertura al otro, a la alteridad del otro, a la irrupción del otro como primero, constitutiva del yo mismo, sin condición; y la hospitalidad condicionada por las reglas del derecho, las leyes positivas, las normas impuestas al huésped-extranjero, en el marco de las cuales puede brindarse esa hospitalidad. Tensión irreductible, en que la hospitalidad justa –en los términos absolutos en que piensa la justicia Derrida–, disloca y pervierte las leyes de la hospitalidad jurídica. He aquí entonces la rebelión, la subversión de Carole, que obedeció a la ley incondicional de la hospitalidad ante el otro infringiendo así la norma concreta, esgrimida para el caso, de (in)hospitalidad jurídica, podríamos decir. Pero a su vez el caso muestra la pervivencia de la ley

3 La traducción es propia.

jurídica en la concepción misma de hospitalidad incondicional: el argumento esgrimido por ella misma y por todos cuantos expresaron su solidaridad es la tradición de acogida, el dar asilo, que caracteriza –o caracterizó– a la sociedad europea a través de siglos.

Ahora, para que la hospitalidad primera se encarne es necesaria la norma jurídica, las leyes y reglas que la tornen efectiva, impongan deberes y derechos sin olvido de la incondicionalidad. Una heterogeneidad constitutiva cuyo juego –de ajuste y desajuste– es precisamente el lugar de la responsabilidad. En una entrevista que le hicieran a Derrida en un programa de France Culture en 1997, respondió a una pregunta en términos que resuenan sensiblemente en nuestra actualidad y muestran a su vez la persistencia del conflicto, a través de los años, y en sus diferentes variantes:

(...) es preciso que distingamos (...) el problema de la hospitalidad en sentido estricto de los problemas de la inmigración, de los controles de los flujos migratorios: no se trata de la misma dimensión a pesar de que ambos sean inseparables. La invención política, la decisión y la responsabilidad políticas consisten en encontrar la mejor legislación o la menos mala. (...) Hay que inventar en una situación concreta, determinada, por ejemplo hoy en día en Francia, la mejor legislación para que la hospitalidad sea respetada de la mejor manera posible. (Derrida, 1997)

¿Pero qué significa dar cobijo, acoger al otro en la propia casa, sea ésta un hogar, una comunidad, una nación? Derrida trae a cuento el concepto de rehén, de Lévinas:

Soy en cierto modo el rehén del otro, y esta situación de rehén en la que ya soy el invitado del otro al acoger al otro en mi casa, en la que soy en casa el invitado del otro, esta situación de rehén define mi propia responsabilidad. Cuando digo «heme aquí», soy responsable ante el otro, el «heme aquí» significa que ya soy presa del otro («presa» es una expresión de Lévinas). Se trata de una relación de tensión; esta hospitalidad es cualquier cosa menos fácil y serena. Soy presa del otro, el rehén del otro, y la ética ha de fundarse en esa estructura de rehén. (Derrida, 1997)

Una podría preguntarse si esta estructura de rehén, pensada en la lógica levinasiana, no se infiltra también –bajo un signo inverso– en los argumentos que restringen el ingreso de esos “otros” porque atentan contra lo propio en la disimetría de sus hábitos, su lengua, su religión o su cultura, cuerpos que disputan un lugar y amenazan además con el número. Pero hay una asimetría estructural entre quien solicita acogida y quien la da o la niega. No sólo porque el segundo mantiene la soberanía de negarlo, sino porque la vida de quien lo solicita depende del otro.

Frente a esta realidad mediterránea, de guerras y huídas, poblaciones sobrantes más que migraciones, nuestra América Latina enfrenta sus propios conflictos y violencias, en esa intrincada trama donde se anudan lo global, lo regional y lo local. También aquí la condición migrante, el tratar de encontrar un lugar mejor para vivir es para muchos un modo natural de la existencia. Lejos del mito de América como destino obligado de los expulsados del Viejo Mundo, la tierra de promisión se transformó a su vez en expulsiva: exilios políticos, destierros obligados, “retornos” llevados por las crisis al país de los ancestros –adonde nunca se estuvo antes–, desplazamientos forzados, una movilidad constante acuciada por la pobreza endémica, la violencia estatal o el crimen organizado. Pero si bien durante décadas el tránsito del sur al norte marcó un éxodo continuo, líneas de fuga que se despliegan en abanico hasta tropezar con la emblemática frontera-muro entre México y los Estados Unidos, cada vez más militarizada, el momento actual es el de una verdadera catástrofe. Crisis de emigración, crisis de refugiados, cuerpos en peligro que se desplazan por miles, sobre los techos de trenes, en balsas vacilantes, a nado, a pie, o en acoplados que pueden ser abandonados en la ruta, dejando encerrados a sus ocupantes. Pero si la idea de familia migrante y la separación segura de padres e hijos por la Border Patrol es desoladora, el nuevo fenómeno de los niños solos, que se desplazan sin padres ni mayores, excede los límites de lo pensable.

Lo dice así Valeria Luiselli (2016) en *Los niños perdidos. Un ensayo en 40 preguntas*:

Si alguien dibujara un mapa del hemisferio y trazara la historia de un niño y su ruta migratoria individual, y luego la de otro y otro niño, y luego las de decenas de otros, y después la de los cientos y miles que los preceden y vendrán después, el mapa se colapsaría en una sola línea –una grieta, una fisura, la larga cicatriz continental–. (Luiselli, 2016: 44)

Valeria comienza la primera pregunta del cuestionario de admisión para los niños indocumentados que cruzan solos la frontera, utilizado en la Corte Federal de Inmigración, en Nueva York, donde trabaja como intérprete del español al inglés: “¿Por qué viniste a los Estados Unidos?”.

Podría imaginarse que la respuesta no es sencilla, que los motivos se han ido disipando en la distancia, con el cansancio, el hambre y la desesperación. Pero además, son palabras de niños en una lengua herida, que se resisten a la traducción, reticentes, confusas, con interferencias, producto del miedo, la desconfianza y la humillación constante: “son historias de vidas tan devastadas y rotas que a veces resulta imposible imponerles un orden narrativo”. Palabras que ponen en escena, quizá en un punto límite, el drama de toda traducción: la imposibilidad de responder a la cadencia, el

aliento que anima la frase, el modismo, la inflexión... la lengua también como marca de la ajenidad.

Y en ese otro escenario, tan distante del Mediterráneo, y en ese cometido que asume la autora al tratar de abrirse al otro, de darle la hospitalidad de la palabra en su lengua, de llamarlo por su nombre –desafiando el número–, y de ir entramando su historia de vida a través de las preguntas –una historia huérfana– se juega también algo de la aporía derrideana: la tensión entre lo incondicional de esa apertura y la juridicidad del cuestionario, la difícil tarea de conjugar las dos: hacer audible esa voz extraviada y lograr que perdure, que obtenga el derecho de asilo –que no es lo mismo que tener hogar–.

III. Arte y trauma

Si Valeria encuentra en la literatura un modo de dar forma a esa narrativa vivencial en el cruce entre el ensayo, el relato de viaje y la autobiografía –ella misma, una escritora mexicana esperando la Green Card– y hace de ese *in between* una apuesta estética, ética y política; otras experiencias se enfrentan desde lo visual a la difícil relación entre arte y trauma. Así, hace unos días, aparecieron en 24 lugares muy frecuentados de Nueva York jaulas con maniqués de niños cobijados, con llantos y registros verdaderos, en una campaña de “arte guerrillero”, #NoKidsinCages⁴, organizada por una empresa de apoyo legal a inmigrantes como parte de las protestas contra la separación de familias en la frontera. Las cajas generaron un enorme impacto, sorpresa obviamente y todo tipo de reacciones hasta que fueron levantadas por la policía.

Quizá, entre las imágenes actuales más desgarradoras sobre la inmigración, desde la mirada del arte, estén las de *Human Flow* (Marea Humana) film del artista chino Ai Weiwei⁵, él mismo en exilio político con su padre de niño, e interdicto luego de salir de China, que se estrenó en Cannes en 2017, cuyas escenas se rodaron en 23 países, con una rara mezcla de belleza y barbarie. Y el año pasado, en la primera muestra de su obra en Sudamérica, en la Fundación Proa en Buenos Aires, el tema se materializó en una instalación, *Law of the Journey*⁶ (La ley del Viaje), una de sus obras más recientes, donde un enorme bote de refugiados, abrumado con cantidad de cuerpos, invade literalmente el espacio de exposición, dejando un mínimo para transitar en torno. Lo maravilloso de ese entorno eran las paredes tapizadas de miniaturas, que remedando el arte helénico evocaban, en

4 <https://nokidsincages.com/>

5 <https://www.youtube.com/watch?v=29tZvJO77i0>

6 <http://proa.org/esp/exhibicion-proa-ai-weiwei-2-presentacion.php>

una suerte de filigrana de la existencia, infinitos tránsitos y batallas milenarias.

Y quizá marcando esa potencialidad del arte de crear comunidad más allá de las fronteras, podríamos poner en diálogo *Human Flow* con *The Foreigner's Home*⁷ (2018), un reciente film de Rian Brown y Geoff Pingree que explora la idea de “extranjería” (ajenidad, extrañeza) en un mundo atravesado por la violencia y la desposesión. El film se inspira en una exhibición que realizó Toni Morrison en el Louvre en 2006 como curadora invitada, donde convocó a diferentes artistas, escritores, *performers*, ligados de alguna manera con la experiencia del desplazamiento y el exilio, a una especie de conversación grupal, por fuera de las reglas de cada práctica –otra vez el *in between*–. En el film, que incorpora otras conversaciones y un abundante material de archivo, la profunda voz poética de Toni Morrison, en cuya cadencia resuena el eco de la esclavitud, nos confronta también con preguntas acuciantes sobre la hospitalidad: “Who IS the foreigner? Am I the foreigner in my own home? Who decides?”, evocando una vez más el poder de redención del arte.

Siguiendo el hilo de lo biográfico, que aflora por destellos en estas intervenciones, no puedo menos que evocar algunas experiencias de arte en la frontera –en la emblemática Tijuana– San Diego, que estudié hace unos años, llevada también por la experiencia personal –y corporal, podríamos decir– de haberla atravesado sin ser inmigrante. De ellas retengo *On translation/ Fear/ Miedo*⁸ (2005), un video-arte del artista catalán Antoni Muntadas, creada para participar de *inSite*, un proyecto binacional de arte contemporáneo creado en los noventa y financiado por ambos Estados para promover intervenciones de conocidos artistas en el dominio público –arte público, arte crítico–. La idea era que el video, de 30 minutos, se pasara a ambos lados de la frontera y por la televisión pública, tanto en México DF como en Washington DC. Lo primero se cumplió, por Televisa. No tengo información de lo segundo.

El artista elige partir desde el lenguaje, poniendo en tensión la traducción –esencial a la hospitalidad– con uno de los afectos más primarios, el miedo, una experiencia compartida a ambos lados de la frontera: desde San Diego, el miedo a la llegada del narcotráfico, de la mano de obra barata, indocumentada, de una lengua cuya expansión amenaza el inglés; desde Tijuana, unido a la esperanza, un miedo más físico, de ser atrapado por la *migra*, deportado, de perder la vida o de vivir en la precariedad sin reaseguro de permanencia. La mirada se aleja aquí de los significantes más trillados, la violencia, la victimización –y por ende, la compasión–, para dar la voz, en ambas

7 <https://www.youtube.com/watch?v=Gf4sf4amcP4>

8 <http://apologiantologia.net/db/?q=es/node/18518>

lenguas, a personas entrevistadas de diversas edades, sexos, clases sociales y posición ideológica, en un collage audiovisual de textos, estadísticas, vistas del paisaje interrumpido por la traza amenazadora del muro, imágenes de filmes, algunos antológicos, noticias, música. Una distancia socio antropológica en una mirada estética, que opera, en el espíritu del dialogismo bajtiniano, poniendo en sintonía –y por ende, en posibilidad de respuesta– los respectivos prejuicios y el profundo desconocimiento del otro, alimentados sabiamente desde los Estados, los medios de comunicación y los tráficos, esa “industria del miedo” al decir del autor, que prospera en y gracias a la frontera, una trama de negocios que desafía toda interpretación dicotómica a favor de unos y en desmedro de otros. La frontera, parece decirnos, se establece, más allá de la barrera física, de modo invisible, simbólica y simbióticamente, a ambos lados, y el desafío del miedo –y también sus víctimas– se juega justamente en el medio. Un lugar “entre”, que quizá nunca abandonarán los que logren cruzar “del otro lado”.

IV. La trama del exilio

¿Puede el exilio de los padres interrogar el tiempo de los hijos? ¿Puede el exilio de los hijos interrogar el tiempo de los padres? ¿Y puede dar a luz inflexiones inesperadas del afecto en el arte y la literatura? Alejarse del mero recordar traumático, abrir otros caminos, dialogar con los tránsitos actuales, con la violencia de cuerpos sin hogar y encontrar nuevas modulaciones en la eterna migrancia del sí mismo. Ese es el desafío de ciertas prácticas artísticas que se despliegan en la trama epocal de las memorias –lo que he llamado “el tiempo de los hijos”– donde el pasado –dictaduras, desapariciones, violencias de Estado– no retorna solamente como síntoma sino que se inviste de nuevos sentidos, en una reconfiguración identitaria que involucra la idea de comunidad.

Confirmando una vez más que hay temporalidades de la memoria, la temática del exilio aparece tardíamente en la densa trama narrativa, con un fuerte acento auto/biográfico, que singulariza la experiencia argentina. Antes hubo relatos testimoniales o poéticos, que trajeron al ruedo la cárcel, la militancia, la clandestinidad, la indagación de los hijos sobre sus padres desaparecidos y más tarde sobre la propia infancia en dictadura. Es en un tercer momento, podríamos decir, que la temática del exilio pasa a un primer plano y empieza a adquirir forma en la voz de los hijos, alentada quizá por esos otros tránsitos forzados, numéricos, sin nombre, que arrancan de su hogar a millares de niños.

Este movimiento me llevó a analizar un corpus de hijas: Verónica Gerber Bicecci, que nace y vive en México, hija de exiliados, con su novela gráfica y autoficcional *Conjunto vacío* (2014);

Laura Alcoba, con su novela autobiográfica sobre su exilio en Fancia, *El azul de las abejas* (2014); Macarena Aguiló, la cineasta chilena, con su film documental autobiográfico, *El edificio de los chilenos* (2010) y Virginia Croatto, con su film documental y testimonial *La guardería* (2016), ambos centrados sobre su infancia en Cuba, a cargo de “padres sociales” (Arfuch, 2018).

Siguiendo la línea acaba de aparecer *Transterradas* (2019) un libro de Marisa González de Oleaga, Carolina Meloni González y Carola Saiegh Dorín, exiliadas en España de niñas o adolescentes, con obras anteriores sobre el tema, que deciden crear un espacio en común con una visión que va más allá de ellas mismas: “ El testimonio es el relato de la experiencia y es a través de nuestros testimonios como queremos visibilizar a las niñas y adolescentes que fuimos para iluminar a los niños y adolescentes que hoy padecen destierro” (2019).

Un hito en este devenir fue sin duda la muestra *Exilios*, en 2017, que tuvo lugar durante varios meses en el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, en Buenos Aires. La convocatoria fue amplia e inclusiva: “Si estuviste exiliada o exiliado durante los años 70 o si naciste en el exilio, te invitamos a compartir tu experiencia para formar parte de esta exposición”. La respuesta fue acorde, y la muestra, que incluyó mesas de debate, proyección de filmes y otras actividades, se transformó en un lugar de encuentro y de intercambio muy valorado, en especial entre los jóvenes. Es que se jugaba allí un espacio no sólo estético y político sino también biográfico: la posibilidad de encontrar una forma, de hacer visibles, en la emergencia del presente, las propias historias, con su carga traumática y su apuesta vivencial.

Así, entre otras obras agrupadas en una sección de la muestra bajo la denominación “Hijos e hijas del Exilio”, se presentó *Poéticas transgeneracionales*, con trabajos de Gabriela Bettini, Elisa Ferreira, María Giuffra, Daniel Henríquez, Julián Teubal y Francisca Yáñez, haciendo énfasis en un rasgo que salió a la luz de varias maneras: “No fue solo el drama de sus padres: ellxs también crecieron desterrados”. Un rasgo que adquirió profundidad teórica en la tesis de Eva Alberione (2019), con la distinción entre hijos de exiliados, los que nacieron en otro lugar, y exiliados-hijos, los que atravesaron en primera persona ese destierro.

De este grupo me quiero detener en Francisca Yáñez, chilena, exiliada-hija, cuya obra, *De un país sin nombre*, ha viajado también por otros países, replicando simbólicamente su propia escena familiar: la partida, escoltada por militares, con su pequeña valija en la mano, donde lleva sus objetos preciados, unas figuritas de papel que condensan todo el universo de su infancia. En la escalerilla del avión la valija se abre y las figuritas vuelan por el aire, pero sus padres bajan a

buscarlas y las recuperan, gesto que las transforma en un tesoro.

Artista visual, diseñadora gráfica e ilustradora, Francisca dedica su obra a la infancia, una obra “creada para viajar en un equipaje de mano”, nos dice, que se acomoda a la circunstancia y el lugar:

Siento que en todas hago lo mismo: hacer visibles los relatos y juntar figuritas de papel. En forma natural mi trabajo ha confluído en formas de hacer visibles las historias de los que hoy continúan desplazándose por el mundo. He ilustrado libros dedicados a los niños refugiados del mundo y realizo talleres de arte en escuelas de distintos países donde nos imaginamos qué llevaríamos si tuviéramos que abandonar rápidamente nuestro país, dibujamos y tratamos de ponernos en el lugar de los que necesitan refugio, en especial los niños. (Ferrada, 2016)

Pequeños gestos singulares en que la trama del exilio se enlaza a la emergencia del presente –con su disimetría radical– e imagina otras formas de hospitalidad: abrir la escucha, la voz y la imagen, acortar la distancia de los que todavía, en el fragor de los tránsitos, no pueden hablar.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2015). “De l'Etat de droit à l'Etat de sécurité” en *Le Monde*, 24 de diciembre.
- Aguiló, Macarena (2010). *El edificio de los chilenos*. Film. Chile. [co-directora Susana Foxley]
- Alberione, Eva (2016). “Narrativas contemporáneas de los exiliados hijos: Esa particular manera de contar-se”. Mimeo.
- Alcoba, Laura (2014). *El azul de las abejas*. Buenos aires: Edhasa.
- Arfuch, Leonor (2018). *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política*. Córdoba: Eduvim.
- Brown, Rian; Pingree, Geoff (2017). *The Foreigner's Home*. Film. Francia-EE.UU.
- Butler, Judith (2007). *Vida precaria*. Buenos Aires: Paidós.
- Cavarero, Adriana (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. México: Antrophos-UAM.
- Croatto, Virginia (2016). *La guardería*. Film. Argentina.
- Derrida, Jacques (1997). “Sobre la hospitalidad” en *¡Palabra!*, Edición digital. Disponible en: <https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/textos/hospitalidad.htm>(consultado: 10/10/2019)
- Dussel, Inés (2018). “Modos de hacer escuela en la cultura digital” en Nina Cabra Ayala & Camila Aschner (eds.): *Saberes Nómadas. Derivas del pensamiento propio*. Bogotá: Siglo del Hombre Ediciones.

- Ferrada, María José (2016). “Entrevistas. Francisca Yáñez: un país sin nombre” en *La Fuente*, 12 de septiembre. Disponible en: <https://www.fundacionlafuente.cl/francisca-yanez-un-pais-sin-nombre/> (consultado: 10/10/2019)
- Gerber Bicceci, Verónica (2014). *Conjunto vacío*. México: Almadía.
- González de Oleaga, Marisa; Meloni González, Carolina; Saiegh Dorín, Carola (2019). *Transterradas*. Madrid: Tren en movimiento.
- Luiselli, Valeria (2016). *Los niños perdidos. Un ensayo en 40 preguntas*. México: Editorial Sexto Piso.
- Muntadas, Antoni (2005). *On translation/ Fear/Miedo*. Video Arte. España.
- Roffé, Mercedes (2009). *Floating lanterns*. [Edición bilingüe (Trad. al inglés de Anna Deeny)]. Bristol: Shearsman Books.
- Dussel, Inés (2010). “Actio in Distans. Sobre las formas de producción telerracional del mundo” en Gabriel Aranzueque (ed.): *Ontología de la distancia. Filosofías de la comunicación en la era telemática*. Madrid: Abada Ediciones.
- Weiwei, Ai (2017). *Human flow*. Film. Alemania-EE.UU.-China-Palestina-Francia.
- Weiwei, Ai (2019). *Law of the Journey*. Obra visual.
- Yáñez, Francisca (2017). *De un país sin nombre*. Obra visual.